Comentarios de la Lección

IV Trimestre de 2010
Personajes secundarios del Antiguo Testamento

Lección 11
11 de Diciembre de 2010

La viuda de Sarepta: El salto de fe

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:6).

Introducción

En los límites de la vida, cuando todo está finalizando, cuando todo falla, cuando sólo queda la fe, sólo entonces es cuando Dios entra en acción. Así sucedió con Job, Jacob y otros, y también con la viuda de Sarepta. Y ¡atención! Hay casos en los cuales Dios no actúa ni siquiera habiéndose sobrepasado esos límites. Ese fue el caso de grandes y poderosos siervos de Dios, los mártires, como ocurrió con Esteban y muchos otros. Pero, en todos los casos, en el límite, las personas sienten la presencia de Dios. Esteban vio el Cielo abierto, y al Hijo del Hombre de pie. Aún cuando el Señor no haga nada, no nos abandona y no deja de preservar la vida eterna de todos sus hijos.

Cuando parece que es el último momento en el que Dios pueda actuar, algo hace a favor de quien siente necesidad y se aferra a Él. Cuando todo lo demás ha fallado, y no hay más esperanza de nada, en ese momento es la mejor oportunidad para que Dios se manifieste. Muchas veces sólo en ese instante Él se hace notar, resolviendo la cuestión, o dando a entender que estará con el creyente hasta el fin. Por ejemplo, ¿has sabido de algún mártir muriendo gritando de dolor en la hoguera? No. Morían cantando. El fuego causa un dolor terrible, insoportable. ¿Será que ellos sintieron dolor? Podemos preguntarnos cuánto dolor sintieron los tres compañeros de Daniel en el horno de fuego… Así como es increíble ver a alguien paseándose dentro de un horno de fuego, de igual manera es sorprendente presenciar la muerte de alguien quemándose, pero cantando y alabando a Dios. Si Dios no libró a muchos de la muerte, tampoco se ausentó, y ninguno de los mártires sufrió por encima de su capacidad de soportar.

La viuda de Sarepta, sola con su hijo, vivía en Fenicia (por lo tanto era una extranjera, no una israelita), y estaba en esa situación límite. Desde el racionamiento a causa de la sequía que se abatía en aquél país (luego veremos cuál era la razón de ello), llegó el fatídico día de la última comida restringida. Sólo quedaba un puñado de harina y aceite. Apenas alcanzaba para hacer una hogaza de pan para una restringida comida. ¿Podemos imaginar lo que pasaría por la mente de una persona antes de ingerir su último alimento, sabiendo que después sólo le espera la muerte? Yo nunca he llegado a una situación así, por lo que no puedo hacerme a la idea.

En ese momento llega el profeta Elías, y le pide a la mujer agua. Ella obedece y la busca. Y él le pide un bocado de pan. Ella, condolida, le explica que sólo tiene para comerlo ella y su hijo, antes de esperar la muerte. Ya no había más alimento. Y Elías le dice que primero haga un pan para él, y sólo luego para ella y su hijo. Y afirma que la harina y el aceite no se acabarían. Ella creyó, y le hizo un pan a Elías. Y –milagrosamente– todos –ella, su hijo y Elías– sobrevivieron. Pero sólo por la fe. Es así como el pueblo de Dios sobrevivirá luego de la promulgación del decreto dominical: ciento por ciento por la fe, dependiendo totalmente de Dios.

A Sarepta

¿Cuál fue la razón por la cual Dios dio la orden de que no lloviera? Acab, el hijo de Omri, rey de Israel durante veintidós años, se había casado con Jezabel, una princesa fenicia, un país de la costa del mediterráneo con fronteras hacia Israel. El fue, políticamente, un buen rey. Hizo alianzas con Fenicia, Judá y Siria, e hizo de Israel una nación fuerte. Hizo muchas obras, incluyendo su palacio. Pero, moralmente, quien dominaba era su esposa. Por lo que parece, ella tomaba muchas de las decisiones del reino. Habían nombrado en el reino más de 450 profetas de Baal y otros 400 profetas a otros ídolos. Jezabel promovió la idolatría en Israel y Acab se unió a ella (tal como lo había hecho Salomón antes) en la idolatría. Dios los humilló dolorosamente en su falso dios y Acab fue muerto por una flecha perdida, tirada al azar en una batalla en el 853 a. C. La flecha arrojada sin puntería, penetró entre las junturas de la armadura del rey. Así como Dios protege a sus hijos, también hace que la muerte llegue a los que perjudican a su pueblo. No obstante, tienen su tiempo de gracia disponible para ellos si desean salvarse. Pero su fin, si no se arrepienten, es dramático y eterno.

Baal era un dios renacido, así creían ellos, pues según la mitología, había sido muerto por otro dios. Era el dios del sol, de la lluvia, de la fertilidad, del fuego y de la producción agrícola. Era adorado por los fenicios, cartagineses, caldeos, babilonios, sidonios y filisteos, con otros nombres, Cuando la idolatría se extendió por Israel, Dios resolvió quitar su poder. Quien en verdad forma la lluvia, y había determinado sus leyes, era Dios, el Creador, luego del Diluvio, y no una imaginación mitológica. El verdadero Dios define la lluvia, y los hombres inventan dioses falsos y les atribuyen a ellos esa bendición, así como las que derivan de ello, como la fertilidad del suelo. ¿Qué hizo Dios entonces? Simplemente les retiró su bendición, y aquel ídolo hecho por manos humanas, y sus profetas, no pudieron hacer nada para que lloviese. ¿Y cómo lo hizo esto Dios? A través de un simple profeta. Determinó que no llovería más, y luego –tres años y medio después– envió la lluvia. Y Baal, que pensaban que era el especialista en lluvias, no pudo hacer nada. Un ídolo jamás podrá hacer algo. Todo lo que nos pasa de bueno proviene de Dios, el Creador. Ellos no pudieron ver quién tiene el poder sobre el tiempo. Baal además era el dios del fuego, y tampoco pudo hacer descender fuego del cielo cuando sus profetas clamaron por eso. Y Elías lo hizo simplemente con una sola oración, y del cielo descendió fuego que consumió la ofrenda y hasta llegó a quemar el agua que había alrededor del altar. Para el pueblo quedó definido quién era el dios falso y quién era el Verdadero. Había allí cuatrocientos cincuenta profetas de Baal contra uno de Jehová. Nada pudieron hacer, y el profeta de Dios hizo todo.

En los últimos días, una de las señales que –de alguna manera– engañará a mucha gente, será hacer descender fuego del cielo, para probar que el domingo es el día aprobado por Dios para ser santificado. Pero, ¡Atención! Ese fuego no será providencia divina. Además, Él ya nos ha anticipado que Satanás lo hará. La próxima vez que venga

fuego del Cielo por la providencia divina será luego del milenio, para extinguir a Satanás, sus ángeles y sus respectivos seguidores.

Cuando Elías le notificó a Acab que no llovería más, la esposa debe haberse reído con grandes carcajadas. Era una mujer prepotente y vengativa. Confiaba en su dios, que entre otras cosas protegía la lluvia y la producción de la tierra. ¿Y hacia dónde envió Dios a Elías a que se refugiara? Al arroyo de Querit, que queda en Fenicia, la tierra de donde provenía la reina Jezabel. ¡Qué interesante! El siervo de Dios se escondió bien adentro de la tierra de su principal enemiga. Podemos imaginar que Jezabel no se le iba a ocurrir buscar allí al siervo de Dios, o por lo menos no con tanta intensidad.

Pues bien, la sequía no sólo se dio en la tierra de Israel, sino que también se extendió a otros lugares, incluyendo Fenicia, lugar donde dominaba el falso dios Baal. Nada pudo hacer éste para revertir la situación. Pero los pecadores tienen la propensión de no arrepentirse fácilmente, especialmente los idólatras. La gente que se ha apegado demasiado a algo que está mal, tienden a mantenerse en el error, aún con evidencias inequívocas de que están equivocadas. Así, los fenicios, Jezabel y sus 450 profetas confiaron todo el tiempo en su ídolo, hasta que llegó el gran día en el que fue confrontado con Jehová. ¿Qué hizo Baal? ¡Absolutamente nada! Y Jezabel, ¿admitió el fracaso de su dios? ¿Tuvo –al menos– algo de curiosidad de saber algo más acerca del Dios de Elías, quien debía ser el Dios de Acab y de su casa? No. Ordenó que Elías fuera muerto, del mismo modo como éste había mandado matar a los inútiles profetas de Baal.

Un instrumento inusual (1 Reyes 17:7-12)

Cierta vez estábamos mi esposa y yo en un transporte colectivo para un largo viaje, desde la ciudad de Río de Janeiro hasta Ijuí, en el estado de Río Grande do Sul, que es donde vivimos. Un viaje de aproximadamente 1.600 kilómetros. Nos sentamos en nuestros asientos y más tarde mi esposa observando una pareja de jóvenes al frente, dijo: “Deben ser adventistas”. Hablamos con ellos, y sí, eran adventistas. Se trataba de los hijos de un pastor que había sido compañero de estudios en la secundaria. ¿Cómo fueron reconocidos como tales? Por la vestimenta, por la conducta y por su conversación. Del modo en cómo ellos actuaban, difícilmente podríamos habernos equivocado en la identificación de su fe.

La viuda de Sarepta fue abordada por Elías. El era un profeta de Dios en una época en la que esa tarea entrañaba riesgo de perder la vida. La mujer estaba fuera de su casa buscando leños para hacer la última comida. Como ingredientes para ella disponía de un puñado de harina y unas gotas de aceite. Seguramente ya lo habían racionado al máximo, hasta llegar el día fatal.

La viuda no era israelita, ni tampoco vivía en Israel o en Judá. Vivía en la ciudad de Sarepta, que quedaba en Sidón. Elías, que durante bastante tiempo había estado escondido en Querit, cuando ya no hubo más agua ni alimento, recibió la orden de Dios de ir hasta Sarepta. Mientras hubo agua en el arroyo de Querit, el alimento le había sido enviado a través de pájaros. El arroyo se secó, a causa de la sequía, y coincidentemente se les acabaron las provisiones a la viuda y su hijo. ¿Coincidencia? ¿Había interferido Dios para que, de algún modo, el agua del arroyo se secara, o que el alimento de la viuda alcanzara hasta que esto sucediera? No lo sabemos, pero es probable. Una cosa es cierta. Elías estaba bajo la protección de Dios, así como aquella viuda, y otros cien profetas de Jehová, que Abdías, mayordomo de Jezabel, sustentaba con pan y agua mien-

tras estaban escondidos en dos cavernas. Por lo tanto, de alguna manera había 103 personas sustentadas por Dios. Pero en verdad había muchas más, pues no mucho tiempo después Dios le reveló que a su lado había más de siete mil personas que no habían doblado sus rodillas ante Baal. Estos, por lo tanto, también estaban vivos hacia el final de la sequía por la providencia divina, pero hecho este que no se relata en la Biblia.

En el encuentro de Elías con la viuda, primero él le pidió agua para beber. Ella se dispuso a buscarla, y eso significa que agua todavía había por allí. Elías agregó que le trajera algo de pan. A este pedido ella respondió que sólo tenía harina y aceite para hacer sólo una comida más. Y ella le contó lo que durante muchos días debió ser su angustia: una vez acabados los ingredientes ¿qué le quedaba sino morir?

Pero esta mujer parece que tenía fe en Dios, pues el Señor lo había enviado hasta ella. Y todo aquél que cree en el Dios vivo siempre tiene esperanza. Una persona así está acostumbrada a agradecer a Dios. Seguramente esta mujer también oraba y le pedía a Dios que tanto ella como su hijo no murieran. Pero a la vez estaba resignada a la situación. Aún así, permanecía fiel a su fe.

Al aparecerse Elías delante de ella, no se dio cuenta de su condición de profeta. Al serle pedido el pan, tampoco percibió que había llegado el día en que Dios había escuchado sus ruegos, pues de la manera en cómo habló, estaba defendiendo su última comida. Pero cuando el profeta le explicó que no temiera, que primero hiciera el pan para él y luego hiciera otro pan para ella y su hijo, y que la harina y el aceite no se acabarían, ella creyó y procedió según esa palabra. Reconoció que aquél hombre era confiable, porque era un profeta de Jehová, así como nosotros reconocimos a aquellos dos jóvenes como hermanos en la fe. Elías había dicho que esa era palabra del Señor (ver 1 Reyes 17:13 al 15), y ella creyó. Así se salvaron Elías, la viuda y su hijo, alimentados por Dios. Así será también en los últimos días de la tierra: viviremos totalmente por la fe, por la providencia de Dios. Hoy todavía podemos vivir trabajando y obteniendo lo que necesitamos con el sudor de nuestra frente, siendo bendecidos por Dios. Pero vendrán días en los que los fieles siervos de Dios serán impedidos de lograr su alimento y sustento. En esos días esas personas serán sustentadas por Dios y no morirán de hambre. En esa última crisis, que será la más intensa de todas, todo lo que habremos de sufrir, alguien lo habrá sufrido antes, y existirán precedentes sobre la manera en cómo Dios procedió en relación a sus hijos. Por lo tanto, tal como dijo Elías, no debemos temer (1 Reyes 17:13), sino confiemos y preparémonos. La preparación implica buscar humildad y sencillez, la renuncia al yo, y procurar la comunión con Dios y obrar para que otros también sean salvos.

Entrega total (1 Reyes 17:17, 18)

En el último día, el día del último bocado, vino un extranjero, un desconocido y pidió, primero, agua. Agua parece que no estaba faltando, así que fue a buscarla, aparte del hecho de que Elías no hizo mención a que el agua no se terminaría. Pero cuando el profeta pidió pan, ella le dijo que sólo tenía para una comida y luego lo que quedaba era esperar la muerte.

Aquí entra en escena la propuesta de fe. Ella era una mujer pagana, pero que de alguna manera había creído en el Dios de Elías. El profeta pidió que primero hiciera un pan para él, y luego para ella y su hijo, y así la harina y el aceite sólo se terminarían hasta que la sequía finalizara. Eso era lo que la mujer necesitaba y allí estaba la solución a su pro-

blema. Pero era necesario creer. Entre lo que Elías estaba proponiendo y la realidad de la propuesta, la única frontera era la fe de la mujer. Si ella creía, se cumpliría. Pero si no creía, ella en aquél día probablemente se despediría de la vida.

Intenta imaginar: ¿habrá sido fácil para ella creer? Probablemente no. Pero, racionalizando, entre una última comida aún por hacer, y dejarla y comenzar a pasar hambre, no había demasiada diferencia. La vida sería más corta en apenas unas horas. Por lo tanto, no costaba mucho arriesgarse pues, si la palabra de Elías era veraz, ella viviría.

Es más o menos como ser adventista. Supongamos que la Biblia sea falsa, y que Dios no exista, ni tampoco Cristo, ni que Él nunca volviera. ¿Qué nos perdemos si así fuera? En rigor de verdad, nada. Pero aún así, ganamos mucho, al menos para los adventistas que son más celosos: viven más tiempo, con una calidad de vida mejor, y son más saludables y felices. Por lo tanto, se Jesús nunca volviera, aún así vale la pena ser adventista. Pero si de hecho la palabra de la Biblia es verdadera, como realmente creemos que lo es, estamos seguros de que ganaremos mucho más que eso, además de una vida mejor aquí en la tierra, tenemos la certeza de una vida eterna. Los ateos, ¿qué ganan con ser ateos? Nada, pues viven con menor calidad de vida, sin esperanza, y pierden la vida eterna. Y si Jesús nunca volviera aún así se perderían, pues vivirían con menor calidad de vida. ¿Sería falsa una iglesia que lleva a una buena calidad de vida?

Aquí se evidencia la sabiduría en las decisiones. Si entras en un supermercado, ¿cómo escoges lo que te llevarás? ¿Con sabiduría o con otros motivos, tales como gusta, sabor, marca, vanidad? La elección de fe no sólo es acertada porque crees, sino también un acierto por el uso de la inteligencia. Por ejemplo, vivir aquí en la tierra conforme Dios lo desea, es tener en mente la vida eterna, y sin duda una vida de fe, pero también es una sucesión de elecciones más inteligentes que la de las personas que no creen.

Hay una lógica y una sabiduría intrínseca en la situación de la mujer y su hijo en el diálogo con Elías. Ella creyó y utilizó su sabiduría en su decisión. Pensándolo bien, la propuesta de Elías era irrecusable, pues de ser rechazada, ella ganaba mucho si Elías fuera un falso profeta, pero perdería demasiado si era uno verdadero. Dios nunca nos pide que creamos, que tengamos fe, en algo irracional. Podemos no tener una explicación lógica de lo que Él nos está pidiendo o lo que hace, pero esa explicación lógica existe, y algún día nos la será revelada.

En estos últimos días, ante el inminente regreso de Jesús, perdemos demasiado si no aceptamos la propuesta de Cristo, y no ganamos nada. Si Jesús no vuelve, aún así, perdemos algo. La situación de la mujer se resolvió a través de una decisión tomada con sabiduría. La fe y la inteligencia están íntimamente relacionadas, pues estamos creyendo en un Ser de inteligencia infinita.

Recordar mis iniquidades (1 Reyes 17:17, 18)

Por falta de conocimiento y, por lo tanto, de inteligencia, el ser humano llega a pensamientos absurdos. Por ejemplo, si un accidente de moto se ha cobrado la vida de un joven, ¿qué es lo que su madre dice a cada minuto? “Dios lo quiso, tenemos que aceptarlo”. En verdad, es hasta lo contrario. Dios no quiere que las personas se mueran. Cuando Jesús estuvo aquí en la tierra no provocó la muerte de siquiera una persona, pero sanó y resucitó a varias. El interés de Dios es la vida; al fin de cuentas Él es Autor de la vida, no de la muerte. Y Jesús vino a la tierra para que vivamos si lo aceptamos.

La viuda de Sarepta, ante el pedido de Elías, tenía dos alternativas: cocinar un pan y dárselo a Elías; o cocinar el pan para que ella y su hijo comieran su última comida. Ella optó por entregarse. En rigor de verdad le entregó todo a Elías y por ese acto Dios preservó la vida de esas tres personas. ¿Qué tenía para perder Elías si la viuda no lo escuchaba? Nada, pues Dios lo preservaría de alguna otra manera. Sí perdería todo, pues algunos días más tarde moriría con su hijo.

Ella pudo estar atravesando algunos de los dilemas que muchos tenemos que enfrentar, pero intentando dar explicaciones absurdas. Ante las dificultades, las personas pueden tener dos clases de reacción. Una de ellas es culpar a Dios, la otra es culparse a sí mismos. En el primer caso, generalmente las personas se preguntan: ¿Cuál es la razón por la cual Dios me castigue tanto? Y, muchas veces, ellas no se han causado el sufrimiento, y mucho menos Dios. Cuando alguien, por ejemplo, pierde su casa, puede ser que esa persona no tenga culpa alguna; así como lo que está sucediendo con el clima tan loco, lo que provoca tragedias. Muchos sufren y hasta mueren inocentemente. El contexto del pecado no es, ni puede ser, justo. Alcanza a las personas de maneras diferentes, Puede incluso darse el caso de que una mala persona no sea alcanzado, y un justo sí. Y si Dios protegiera a sus hijos de todo lo que esté sucediendo, en todas las situaciones, las personas se salvarían por interés, no por amor.

El pecado se ha convertido en algo tan vil que ni siquiera Dios puede hacer todo lo que desearía hacer. Pero, en última instancia, El preserva a todos sus hijos de la muerte eterna, y ellos tendrán una recompensa superior. En las tragedias aquí, hay cosas malas que les ocurren a los hijos de Dios. Pero si ellos oran, su fe se fortalece, y las dificultades serán superadas, así como sucedió con Job.

Fe puesta a prueba

Tanto Elías como la viuda debieron haber vivido días de gran confianza y fe en Dios, cuando todos los días la harina y el aceite se renovaban en cantidad suficiente como para la comida de tres personas ese día. Pero un día de esos, el hijo de la viuda enfermó y murió. En este episodio podemos ver cuán equivocado era el concepto de Dios que tenía, incluso hasta el propio Elías. La viuda se enojó con Elías, pues ahora interpretaba que el profeta había venido para que, a través de él, Dios revolviera los pecados del pasado. Esto nos lleva a creer que ella debió haber hecho algunas cosas en su pasado que no estuvieron bien. Tal vez había tenido una vida frívola en su juventud. Algo ella recordaba, y eso la torturaba. Ella pensó que había llegado la hora que, a través de Elías, debía recordar su pasado reprensible como castigo. Pero Dios no actúa de ese modo. Lo que Él más desea es limpiar el pasado y construir un futuro diferente. Fue exactamente por eso que Jesús vino a morir por nosotros, para cambiar nuestra vida, y para que el pasado se olvide. La viuda quedó devastada con la muerte de su hijo, y pensó que el motivo de su muerte era su pasado.

Elías también se introdujo en el error, e interpretó la muerte del mismo modo. Tal vez supiera algo del pasado de la mujer, algo no muy digno de una persona de principios. El hecho es que Elías de alguna manera estuvo de acuerdo con el pensamiento de aquella mujer, y clamó a Dios: “¡Señor; Dios mío! ¿Aún a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido matando a su hijo?” (1 Reyes 17:20). Ese también tenía que ver con Acab, que estaba siendo afligido por la sequía. Ahora, la viuda era afligida con la muerte del hijo.

Lo cierto es que aquella sequía estaba generando dolor en el fuero íntimo de las personas, incluso de Elías. El sabía que se trataba de un castigo de Dios por la idolatría. Pero aún estando ellos bajo la protección alimentaria de Dios, podía ver el hambre a su alrededor, miseria y muerte. Eso afecto los pensamientos cualquier persona. Si hablamos de castigo, de necesidades, de enfermedades, de carencia total, las conversaciones son de naturaleza negativa. Y cuando viene alguna tragedia como aquella sequía, tendemos a interpretarla según el contexto. Y Elías se embarcó en la ola de la interpretación equivocada. La mujer se culpó de la muerte del muchacho, imaginando que Dios la había causado, y Elías pensó del mismo modo. Pero, ¿qué había ocurrido de hecho? Simplemente lo que en este mundo de pecado ocurre todos los días. El muchacho contrajo una enfermedad y esta se agravó tanto que murió. Por eso no podemos decir: “Dios lo quiso así”, o “Dios le quitó la vida”.

Por empatía, desesperado como la mujer, Elías no sabía bien qué hacer, y actuó de una manera extraña y curiosa. Llevó al niño hasta su cuarto, y en eso actuó correctamente, pues quería orar a Dios sin ser molestado. Pero curiosamente se echó tres veces sobre el niño, intentando calentarlo para que reviviera. En aquellos tiempos no se sabía nada de la respiración boca a boca o del RCP (reanimación cardiopulmonar). La actitud de Elías nos revela que el niño había muerto hacía poco, y que ellos estaban en el estado típico de desesperación de la muerte reciente. Había alboroto en la casa, tal vez gritos de dolor habituales cuando alguien muere. Elías clamó a Dios. Allá abajo una mujer se estaba lamentando de su muerte. Arriba, un hombre clamando a Dios preguntándole por qué había hecho eso.

Dios actuó, escuchó a Elías, y el niño revivió. No sólo resucitó, sino que ya no estaba más enfermo. Si Elías le hubiera estado haciendo masaje cardíaco, tal vez hubiera revivido porque había vuelto a respirar, pero continuaría enfermo. El había resucitado sano.

En estos últimos días tendremos que pasar por aflicciones de gran perplejidad. Es cierto que nuestra mente no tendrá la capacidad de razonar bien en esos días tremendos. Por lo tanto es hoy el tiempo de consagrarnos todos los días a Dios, y vivir en comunión con Él, en humildad y sencillez, para que el Espíritu Santo nos transforme y nos prepare para tener el poder de lo alto, y subsistamos cuando las pruebas más duras de todos los tiempos se abatan sobre el pueblo de Dios.

Aplicación del estudio

Nuestra experiencia de fe es algo parecida con la de la viuda de Sarepta. En un primer momento, gradualmente las cosas van empeorando como la sequía. El alimento se va haciendo más escaso cada día. La viuda se preocupó por el futuro, así como lo hacemos nosotros muchas veces. Ella ni era israelita, ni tampoco vivía en Israel. Era una mujer pagana, hija de adoradores de otros dioses.

Pero un día, cuando el final parecía acercarse para ella, aparece Elías, y entonces surge una nueva vida. No había abundancia, pero cada día se reforzaba la fe con la certeza de que no morirían de hambre. Esa será nuestra experiencia luego de la promulgación del decreto dominical, cuando esté prohibido para nosotros obtener nuestro sustento. No recibiremos una provisión mensual, sino una porción para cada comida. Viviremos por la fe, pues la próxima comida dependerá de Dios. Los impíos la pasarán peor, porque no tendrán un Dios que los socorra. En ese tiempo se verá la diferencia entre los que sirven a Dios y entre los que lo rechazan. En la peor situación estarán las personas que se han

retirado del pueblo de Dios, que rechazaron la fe, que aún formando parte del grupo de los santos, no abandonaron los pecados acariciados. Descubriendo que los hijos de Dios están saludables, fuertes, y misteriosamente protegidos, muchos impíos y ex compañeros en la fe acudirán a ellos, como acudieron a la puerta del arca de Noé al iniciarse la lluvia, pidiendo alimento. Pero en esos días sólo habrá alimento para los que se entreguen a Jesús, para nadie más.

Pero cuando tanto Elías como la viuda y su hijo se estaban acostumbrando a la seguridad de la fe, aparece la tragedia. El niño enferma y muere. Ahora viene la prueba de fe para la mujer y para Elías. No parece lógico que Dios hubiera matado al hijo. ¿Por qué entonces sucedió?

No había sido Dios quien le había dado muerte, sino que ocurrió lo que le puede acontecer a cualquier en este mundo. En el pánico, tanto la viuda –que se culpaba de su pasado de pecadora– como de Elías, que no entendía bien la razón de esta muerte, el profeta clama desesperado a Dios. El niño es resucitado por Dios, pues a un muerto sólo el propio Creador le puede devolver la vida.

Un último punto a analizar, pero no menos importante. ¿Qué estaba haciendo Elías en tierra extranjera, asilado en la casa de una mujer no israelita? La Lección explica que había sido enviado allí por Dios. Imaginemos lo que le habría ocurrido a aquella viuda en caso de que Dios no hubiera enviado allí al profeta Elías. Muy probablemente hubiera muerte ella y su hijo. Y si alguien la hubiera socorrido con algo de comida, o si ella la hubiera conseguido de cualquier otro modo, su hijo habría muerte por aquella enfermedad. Dios en este incidente unió lo útil con lo agradable. Protegió al profeta que no fuera hallado por Acab y Jezabel, y protegió a la mujer y a su hijo de la muerte.

¿Por qué Dios no envió a Elías a otro hogar, entre los israelitas? Acab estaba buscando afanosamente a Elías y verdaderamente eran pocos los lugares en Israel donde Elías no fuera denunciado al rey. Dios, de alguna manera, había protegido a aquellos siete mil que no habían doblado sus rodillas ante Baal, y muchos otros hogares del pueblo de Dios fueron dejados de lado por Dios porque no eran dignos de su protección.

Si una crisis similar aconteciera hoy, ¿nuestro hogar sería un lugar que Dios escogería para asilar a alguno de sus profetas? La pregunta es pertinente, pues muy pronto nosotros mismos estaremos enfrentando una crisis, la última. Entonces, nosotros tendremos que ser acogidos en la casa de algún otro hermano, o nosotros mismos acoger a alguien más. O tal vez seamos albergados por un tiempo en la casa de alguien que, sin pertenecer a la iglesia, pero que todavía necesita ser alcanzado para la vida eterna (esto antes del cierre del tiempo de gracia, y luego del decreto dominical). Por lo tanto, hoy debemos prepararnos para ser útiles a Dios cuando llegue el momento de la última crisis.

Prof. Sikberto R. Marks
Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática